

EL
LADRÓN
DEL
FUEGO
ATACA DE NUEVO

TERRY DEARY

Título original: *The Fire Thief Fights Back*

1.ª edición: noviembre 2011

© Terry Deary, 2007

Publicado por primera vez, en 2007, por
Macmillan Children's Books, Londres.

© De la traducción: María Teresa Marcos Bermejo, 2011

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta: David Wyatt

ISBN: 978-84-667-9480-0

Depósito legal: M. 39155/2011

Impreso en Anzos, S. L.

La Zarzuela, 6

Polígono industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la
Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

EL
LADRÓN
DEL
FUEGO
ATACA DE NUEVO

TERRY DEARY

ANAYA

UNO

ANTIGUA GRECIA – AUNQUE NO ESTOY SEGURO
DE CUÁNDO

La primera parte de mi historia está sacada de un libro de leyendas. «¡Ja!», me dirás. Las leyendas no son más que cuentos de viejas. Yo quiero saber la verdad. Bueno, yo conozco una de esas leyendas y sé que es cierto lo que cuenta. Así que ¿por qué no iban a ser ciertas las demás leyendas? Además, no hay otra manera de explicar lo que me sucedió a mí de niño. Y eso fue verdad, porque yo lo viví. Así que comencemos con la Antigua Grecia y deja ya de interrumpirme con tus quejas acerca de la «verdad», ¿quieres?

—¿Qué es lo que quieres, cara de sebo? —preguntó el joven dios. Llevaba puesto un casco con alas y tenía también alas en los talones. Portaba una vara con una serpiente enroscada alrededor de ella. Hasta la serpiente pareció escandalizarse.

—¡No le hablesss así a tu madre, Hermes! —siseó.

—Anda, muda tu pellejo, reptil rabo de rata —replicó Hermes, sacándose brillo a las uñas con su blanca túnica.

—Te arrepentirásss de haber dicho esso —volvió a sisear la serpiente.

La diosa, tendida en un diván dorado, observaba al dios alado con el ceño fruncido. Era tan hermosa que casi resultaba insoportable mirarla. Sus oscuros cabellos caían formando una nube de rizos sobre sus hombros, y eso que nunca usaba rulos y apenas tenía que ponerse tinte.¹

Si soportaras contemplarla, habrías visto como su rostro se ponía rojo de rabia y tensaba con fuerza los labios sobre su brillante dentadura (jamás tuvo que ir al dentista). Pero consiguió controlarse.

—Soy Hera, soberana de los dioses, esposa del poderoso Zeus, señor del universo. Vuelve a hablarme así y serás castigado como ningún otro dios ha sido castigado jamás.

Él se sopló las uñas y sonrió con dulzura.

—Vamos, déjalo ya, mamá. No vas a castigar a tu querido Hermesito.

1. Tenía el pelo bastante bien para una mujer que tenía miles de años. De hecho, no empezó a teñírselo hasta que cumplió los 5000 años. Aunque para entonces ya era una diosa bastante perversa. Lo cual viene a demostrar lo cierto del dicho de que solo los buenos se tiñen de jóvenes.

—¿Por qué no? —le espetó ella.

—¡Porque me necesitas! Soy el mensajero de los dioses. Si no me tuvieras a mí haciéndote recados, te pasarías la vida yendo de aquí al Cáucaso, de Troya a la Atlántida, y causando problemas.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Problemas?

—Sí. Ya sabes. Te gusta ir enredando por ahí, porque te aburres, ¿verdad, mamá?

Ella levantó su hermosa barbilla y contempló a través de la ventana del palacio de mármol el lago que estaba debajo y unas montañas algo más alejadas.

—Mi trabajo consiste en causar problemas. Es a lo que nos dedicamos los dioses.

Hermes caminó por el reluciente suelo de mármol, haciendo revolotear las alas de sus sandalias. Se inclinó sobre la diosa.

—Bueno, pero algo quieres o no me habrías llamado.

—Tal vez.

—Oh, venga ya. ¿De qué se trata? ¿Quieres que secuestre a alguna doncella humana que ha atraído la atención de Zeus? No sería la primera vez.

Hera lo fulminó con la mirada. Luego, su expresión se suavizó y parecía estar a punto de llorar.

—Es más serio que eso, Hermes —dijo con voz grave—. Zeus no está aquí.

El dios alado inclinó hacia atrás la cabeza y se echó a reír.

—¿De modo que no está aquí? Bah, pero si ese viejo loco siempre anda por ahí. Ya volverá. Siempre regresa al Olimpo.

Hera parpadeó para dejar caer una lágrima.

—Esta vez no, Hermes. Esta vez no.

Miró a su alrededor para asegurarse de que no había sirvientes mirando y metió la mano debajo del diván. Extrajo un rollo de pergamino amarillento y lo abrió con cuidado. Hermes lo miró detenidamente. Había un mensaje, pero no escrito con la tinta y el estilete habituales.

—¿Qué es? —preguntó Hermes. Hasta la serpiente estiraba el cuello para mirar.

—Alguien ha escrito en otro pergamino, ha cortado las letras y las ha pegado en este —explicó Hera.

—¡Habrán estropeado el pergamino! —suspiró Hermes. Hera sacudió la cabeza.

—¿Y eso qué tiene que ver, idiota? La cuestión es que han enviado este mensaje.

—¿Pero por qué no se limitaron a escribirlo sin más? —preguntó Hermes.

—¡Porque no quieren que sepamos quién lo envía!
—dijo Hera sabiamente.

Hermes asintió con la cabeza y leyó el mensaje.

Querida Hera:

He capturado a Zeus. Le he cortado los tendones de las muñecas y de las rodillas. No puede correr. No puede lanzar sus rayos. Está indefenso. Está prisionero en una cueva de Delfos. No te diré dónde está a menos que me traigas su corona, para que yo pueda gobernar el mundo. Tienes de plazo hasta que se ponga el sol o Zeus se quedará sin un ojo, un brazo o una pierna. Y así todos los días hasta que llegue uno, el último día, en que perderá la cabeza. Lo digo en serio. La corona, o verás dónde acaba tu marido... Y no va a ser precisamente en Creta de vacaciones, vamos.

El secuestrador secreto.

Tifón.

Hermes se puso tan pálido como sus plumas.

—¿Tifón? ¡La criatura más espantosa del mundo! Y encima va a gobernar el mundo.

—No, si tú liberas a Zeus —dijo Hera con calma.

—No, si yo libero a Zeus —reconoció Hermes. Luego tragó saliva—. ¡Yo! —graznó—. Eso lo tiene que hacer un héroe, Hércules o Prometeo. Alguien a quien no le importe ser atacado por el aliento de cien dragones. ¡Yo

soy mensajero, mamá! ¿Por qué tengo que hacerlo yo?
¿Por qué no puede rescatar otro a Zeus?

Hera agarró a su hijo por la pechera de la túnica.

—Baja la voz. Escúchame. Todo el mundo odia a Zeus...

—Bueno, yo no diría todo el mundo, mamá. Sé que tú sí...

—Si Hades se entera de esto en el inframundo, subirá aquí arriba tan rápido como uno de los rayos de tu padre. Siempre quiso gobernar la Tierra. Y allá en el mar, Poseidón pegaría brincos si se le presentara la ocasión. Ya tuvimos que reprimir la revuelta de los gigantes...

—Menudos brutos —estuvo de acuerdo Hermes—. ¡Y lo furiosa que estaba su madre, Gea!

Hera se apresuró a asentir con la cabeza.

—Por eso Gea creó a Tifón, por venganza. —Agitó la carta bajo las narices de Hermes—. De eso se trata.

—Pero aún no me has dicho por qué tengo que ir yo a por Tifón, mamá. Es un monstruo.

—Es medio humano —dijo Hera, encogiéndose de hombros.

—¡Ah, ya! —graznó Hermes—. ¡Pero no es la mitad humana la que me preocupa, sino la mitad que tiene, debajo de los brazos, un centenar de cabezas de

dragón echando fuego por la boca y serpientes enroscadas a las piernas!

—No tienen nada de malo las ssserpientes —siseó la serpiente de Hermes.

—¡Sí, si al estirarse son tal altas como Tifón, que es más o menos como este palacio! —se quejó Hermes.

—¡Lo sssiento, vaya que sssi lo sssiento!

—Todas esas cabezas de dragón escupen fuego —explicó Hera—. Es capaz de calentar rocas al rojo vivo con su aliento y luego arrojártelas encima.

La serpiente sssuspiró.

—Yo no puedo hacer eso.

Hera se volvió hacia Hermes.

—Eres el único en quien puedo confiar. Si Poseidón o Hades se apoderan del Olimpo, te destruirán.

—¿A mí? ¿Y yo qué he hecho? Yo no soy más que un pobre mensajero de los dioses. Jamás le he hecho daño a nadie. Ni a un solo dios —lloriqueó Hermes.

—Eres hijo de Zeus y con eso basta —aclaró Hera—. Te aplastarán o te desterrarán para siempre al inframundo, con Hades.

Hermes se estremeció.

—¿Pero cómo va a luchar un miserable y ridículo emplumado como yo contra un demonio como Tifón,

con serpientes que muerden y que es capaz de achicharrarte con fuego?

Hera se reclinó y se puso a pensar.

—Primero tienes que encontrar a tu padre...

—Pero Tifón dice en la carta que no va a decir dónde tiene escondido a Zeus.

—También dice en la carta que Zeus está prisionero en una cueva de Delfos. No tiene muchas luces este Tifón.

Hermes parecía abatido.

—¿No hay ningún héroe lo bastante valiente como para luchar contra Tifón? ¿Alguien que pudiera combatir al monstruo mientras yo me meto en la cueva a hurtadillas?

Hera sacudió la cabeza.

—La primera vez que apareció Tifón, todos los héroes huyeron a Egipto o se disfrazaron de animales.

—Gallinas —murmuró Hermes.

—Sí, gallinas, o conejos o patos —reconoció Hera—. Únicamente Prometeo habría sido lo bastante valiente como para enfrentarse a Tifón.

—Hasta Prometeo está escondido —suspiró Hermes.

—Ah, pero no se esconde de Tifón —dijo Hera—. Le robó el fuego a los dioses y se lo entregó a los humanos. Le está persiguiendo el águila Vengadora.

—¿Y no podemos hacer que regrese? ¿Ofrecerle el perdón si rescata a Zeus?

Hera sacudió la cabeza.

—Ha viajado a través del tiempo y se encuentra a miles de años en el futuro. Si la Vengadora no puede encontrarlo, nosotros no tenemos ninguna posibilidad. Solo Zeus podría localizar a Prometeo... y está prisionero. Te corresponde a ti hacerlo. Tú eres hijo de Zeus.

Hermes resopló.

—Y un hijo debe hacer lo que debe hacer. Iré a buscar mis mapas —dijo y salió de la gran sala marmórea revoloteando tristemente.

También el dios Prometeo estaba volando. Volando por los confines de la galaxia de estrellas. Un extraño monstruo volaba a su lado. Un monstruo con cincuenta cabezas rematando su cuerpo cuadrado y cien brazos, cincuenta a cada lado. Era Hecatónquiros, el guardián de las puertas del inframundo, y estaba huyendo.

Ambos seres legendarios aminoraron la marcha al alcanzar un sol ambarino y se dirigieron a un planeta de praderas azules y océanos verdes.

—Ya hemos llegado, Hec —dijo Prometeo mientras descendían en picado hacia una aldea del planeta—. Tu hogar.

La cabeza número 35 se limpió una lágrima.

—«Hogar» —dijo—. La palabra más bonita que jamás se ha inventado.

—Exceptuando la palabra «bonita» —discutió la cabeza 57.

La cabeza 35 la ignoró.

—Un planeta donde todo el mundo tiene cincuenta cabezas y cien brazos.

Se quedaron flotando en las nubes.

—Estoy seguro de que vas a ser muy feliz aquí —dijo Prometeo.

—Oh, sí que lo seré —dijo la cabeza 35—. Podrías quedarte conmigo, Teo. La Vengadora nunca te encontraría aquí.

—Me sentiría un poco fuera de lugar —suspiró el dios—. Me tratarían como a un monstruo.

—Bueno, supongo que lo eres: una sola cabeza y dos brazos. Eres un poquito raro.

—Gracias —murmuró Prometeo.

El gran Hec asintió con sus cincuenta cabezas.

—Sé a lo que te refieres. Eso era yo en la Tierra. ¡La gente me trataba como a un extraterrestre! ¡A mí! ¡Si los raros son ellos!

—No me imagino por qué.

—¡Porque yo tengo cien brazos! —exclamó el Hecatónquiro—. Quiero decir, que hasta vuestras arañas no tienen más que ocho patas y vuestros milpiés...

—Sí, Hec. Me alegro de que hayas encontrado un planeta habitado por los de tu especie —dijo Teo, y bajó la vista abatido.

—Encontrarás un hogar en alguna parte, Teo —dijo la cabeza 49—. Aunque tengo el presentimiento de que será en la Tierra. Tan solo tienes que encontrar a un héroe humano y Zeus te dejará libre.

—Lo sé —dijo Teo, y asintió con su única cabeza—. Estoy seguro de que en ese lugar al que llaman Ciudad Edén está la respuesta. Ya lo he visitado en dos ocasiones. Fui allí en 1858 y luego en 1795. Tal vez debería volver, retrocediendo un poco más..., solo diez años.

—¡Viajarás hasta 1785! —le dijo el Hecatónquiro.²

—Pues a 1785 —dijo Teo, dándole una palmada en la espalda al monstruo—. Adiós, amigo mío. Espero que encuentres la felicidad... Pero perdona que no te dé la mano. —Se echó a reír—. ¡Me llevaría demasiado tiempo!

2. El Hecatónquiro era bueno echando cuentas, ya que tenía cien manos, multiplicadas por cinco dedos. Era capaz de contar hasta..., esto..., un montón. Además, podría haber usado también los dedos de los pies y contar hasta un montón más diez.

El Hecatónquiro bajó al planeta verde y azul despidiéndose de él agitando cien brazos.

Teo volvió a levantar el vuelo hacia los confines del universo y, a la altura de la estrella más lejana, giró a la izquierda. De esa manera, regresaría a la Tierra diez años antes de su marcha en 1795.

Pasó a toda prisa junto a meteoros y cometas atravesando el vacío y se dirigió hacia un pequeño planeta que no era verde y azul como el hogar del Hecatónquiro. Era azul y verde.

—¡Hogar! —exclamó—. Qué bonita palabra.

Pero mientras se dirigía a toda velocidad hacia el lado de poniente de la Tierra, el dios descubrió que hay una palabra aún más hermosa que «hogar».

La palabra «esperanza».